

Multiplicación del yo: Una reflexión en torno a la narración autobiográfica a partir de la novela *El olvido que seremos*

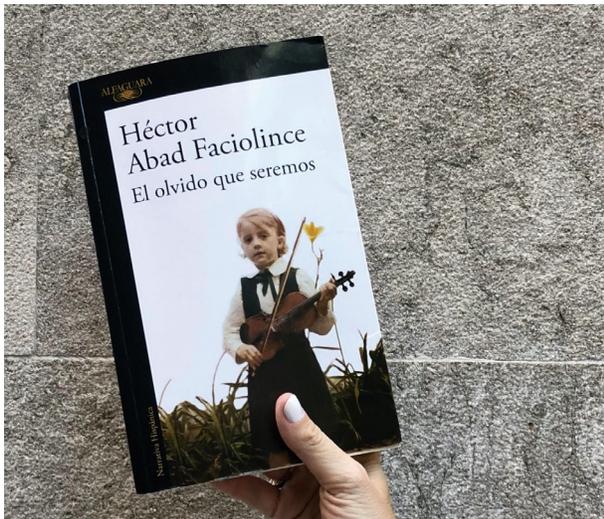
Sergio Quintero
Maestría en pedagogía de la literatura
CAT Ibagué

*¿Por qué persistes, incesante espejo?
¿Por qué duplicas, misterioso hermano,
el menor movimiento de mi mano?*

Jorge Luis Borges

*Todas estas personas con las que está
tejida la trama entrañable de mi memoria,
o ya desaparecieron y solo son
fantasmas o vamos camino de desaparecer.*

Héctor Abad Faciolince



Pre

La narración autobiográfica es un puente dialógico que posibilita la reconstrucción de nuestras vidas en retrospectiva y a la vez nos proyecta hacia el futuro. Esta relación se logra mediante una constante indagación sobre nuestro yo, que a su vez tiene implicaciones en las subjetividades de los demás. Muchos escritores han abordado esta profunda y ardua labor, incluso cuando ello significa recordar hechos dolorosos que marcaron sus vidas y las de sus familias. En el siguiente texto, reflexionaré a partir de la obra *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince, en dos aspectos claves en la obra del autor y una idea, producto de esta disertación, sobre la proyección del yo. El primero, intentará dar cuenta de cómo Faciolince teje los hilos de su memoria para prolongar la existencia de su padre asesinado, al mismo tiempo que la narración del dolor se convierte en un acto de liberación. En el segundo momento, ahondaré en la manera escogida por el escritor para olvidar y desechar cualquier atisbo de sentimientos negativos que le produjera el magnicidio de su papá. Por último, intentaré algunas aproximaciones sobre la multiplicación del yo a través de la narración autobiográfica.

Yo

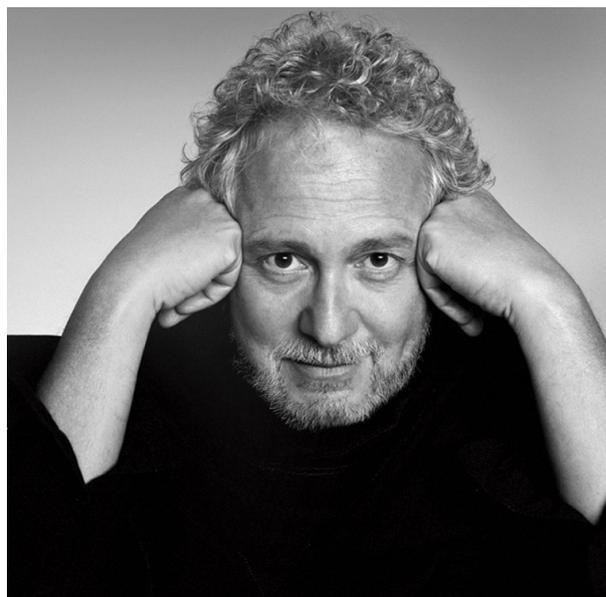
Antes de aventurarme por los tejidos del olvido y la memoria, dedicaré un espacio a explorar qué es eso de la narración autobiográfica. Para Fernando

Vásquez (2007) constituye un trabajo similar al que realiza un arqueólogo que excava, que escudriña cada una de las capas de las que se compone el yo, quizás para lograr una comprensión más cercana a nuestra identidad y a nuestro sentido en el mundo. También es una búsqueda a través de la cual se puede obtener un resultado formativo pues “la autobiografía pretende que todo ese pasado se convierta en sudario, para que emerja una nueva piel, para que nazca de nuevo el alumno” (p.116)

La visión formativa de la narración autobiográfica nos permite aproximarnos a lo que somos, comprender eso que nos hace ser humanos, no para descifrarnos, sino para asimilar que aquello que denominamos humanidad es un sistema complejo que se enrosca como un caracol hacia nuestro interior. Mediante la introspección requerida para la narración del yo, logramos aquello que Nietzsche priorizó en su *Ecce Homo Wie man wird was man ist – Cómo se llega a ser lo que se es ya* que “lo formativo de elaborar una autobiografía tiene que ver esencialmente con una postura pedagógica según la cual, la verdadera educación, la educación importante, es esa que brota desde dentro de nosotros, desde nuestro propio deseo” (Íbid) La narración autobiográfica significa escarbar en la memoria y recoger la mayor cantidad de fragmentos para elaborar un tejido que le dé sentido a nuestra existencia y de este modo, encontrarnos con lo que somos sin necesidad de buscarlo en otra parte.

A partir de la construcción narrativa del yo, también es posible un encuentro con el otro. Mediante la introspección, no solo encontramos el camino para ser lo que somos, sino que, al escarbar dentro de nuestro yo, encontramos los hilos que hilvanan nuestro tejido con los demás y esto se da porque “la construcción del yo a través de su narración no conoce fin ni pausas, probablemente hoy más que nunca. Es un proceso dialéctico, un acto de equiparación.” (Bruner. 2002, p.120) Y justo en esta equidad dialógica, se entretajan todos los hilos de las subjetividades y ese tejido es quizás la mayor oportunidad para propiciar nuevas narrativas que nos permitan construir otros rumbos, plantear otras

posibilidades de convivencia en sociedad. La narración del yo podría trascender las fronteras de la reflexión literaria y formativa, para alcanzar unos escalones más elevados en cuanto a aspectos sociales y políticos que no son de nuestro interés en este texto, pero que son importante señalarlos.



Tejido de olvidos

El olvido que seremos narra una parte de la vida del escritor antioqueño Héctor Abad Faciolince, la cual transcurre entre algunos años de la infancia y algunos otros de la adultez. El matiz más significativo que adquiere esta obra se encuentra en la muerte de dos personajes: Marta la hermana del escritor y Héctor Abad Gómez, su papá, siendo ésta última la de mayor recordación en la opinión pública, ya que Abad Gómez fue un médico muy prestigioso en la ciudad de Medellín en las décadas de los setenta y ochenta; reconocido por su incansable lucha para conseguir mejores condiciones de higiene y salubridad en los sectores populares de la ciudad. Consecuencia de esta lucha, el médico Abad Gómez lanzó su candidatura a la alcaldía de Medellín en la cual se encontraba trabajando cuando fue asesinado. Héctor Abad Gómez fue una víctima más de los cientos de miles de colombianos que pertenecen a las cifras

de una violencia que parece no tener fin y que han sido silenciados por denunciar los atropellos y las injusticias cometidas por el estado. Pero al mismo tiempo, Abad Gómez es una sombra proyectada sobre la vida de su único hijo varón y desde la cual, Abad Faciolince, proyectó su propia sombra construyendo un tejido de memoria y olvido. Dos sombras que se confunden por llevar el mismo nombre y que se bifurcan en algún punto del tiempo debido a las vidas que cada Héctor tuvo o eligió vivir.

A través del relato autobiográfico, el autor de *El olvido que seremos* logra recordar y al mismo tiempo olvidar, en una experiencia que va tejiendo encuentros y desencuentros en ese misterioso telar de la vida en el que cuando damos una puntada, se deshacen otras tantas pues, “Todos estamos condenados al polvo y al olvido, y las personas a quienes yo he evocado en este libro o ya están muertas o están a punto de morir o como mucho morirán – quiero decir, moriremos – al cabo de unos años que no pueden contarse en siglos sino en decenios” (Faciolince, 2012, p.291)

El olvido es la transición que vamos haciendo entre nuestros recuerdos y nuestras expectativas hacia el porvenir. Es una breve ausencia, el puente que conecta el presente con el futuro; la aguja con el hilo que va pasando una y otra vez por los agujeros de la tela. O quizás “recordar es pasar otra vez por el corazón” (Faciolince, 2012, p.273). Y al mismo tiempo, en ese ejercicio de remembranza y olvido, las ideas y recuerdos más relevantes van tomando una forma fija sobre el mármol de nuestra memoria. Figuras como el arte rupestre antigua, las cuales no dejan de ser, en su aspecto material, un destello de un suceso que rápidamente fue grabado para intentar capturar la máxima expresión posible. En el caso de Faciolince, los recuerdos grabados de una vida familiar junto a sus padres y hermanas configuraron su carácter, entre el pensamiento, la reflexión y el amor. De esta manera, el escritor proyectó el sentido de su vida bajo la tutela de unos recuerdos agarrados en el aire y llevados a la palabra escrita, para que dejaran de revolotear en las peligrosas corrientes de la memoria y poder olvidarlos, es decir, perpetuarlos.



Dos veces Borges

Resulta bastante particular la coincidencia borgeana que existe entre la manera adoptada por Faciolince para afrontar la pérdida y el poema que encontró en el bolsillo de su padre asesinado y que posteriormente le daría el nombre a su novela. Sin mencionar al poeta en el libro, las reflexiones finales de *El olvido que seremos* giran en torno a la idea que expresó Borges en sus *Fragmentos de un evangelio apócrifo*, al decir que “Yo no hablo de venganzas ni de perdones; el olvido es la única venganza y el único olvido” (Borges, 2013,p.329); y esto lo reafirma Faciolince cuando escribe que “la única venganza, el único recuerdo, y también, la única posibilidad de olvido y de perdón, consistía en contar lo que pasó, y nada más” (2012, p.240). Tenemos entonces, de un lado, que contar lo sucedido y construir a partir de la memoria un rompecabezas que permita la reconfiguración del mundo, logra darle sentido a nuestra existencia. Al mismo tiempo, la narración auto-

biográfica facilita la liberación del sufrimiento no con la intención de borrar toda huella de dolor, sino con la capacidad de cicatrizar las heridas y dejarlas como lo que son: un recuerdo de algo que sucedió pero que ya no duele. Estas, entre otras posibles, parecen ser las bondades de la narración autobiográfica puesto que “sin la capacidad de contar historias sobre nosotros mismos no existiría una cosa como la identidad” (Bruner, 2002, p.122).

El recuerdo de un hijo que amó a su padre como lo hizo y lo sigue haciendo Héctor Abad Faciolince, fácilmente podría desencadenar un sentimiento de odio profundo hacia los asesinos. Ese sería el camino más fácil, el despejado, el que a todas luces permitiría una satisfacción mayor que la del perdón y el olvido y ni siquiera tendría que preocuparse por el juicio moral, pues de seguro tendría el aval de muchas personas. Pero lo que hizo fue huir y no por ser un cobarde, aunque el mismo Faciolince así se describe. Salió huyendo porque tal vez era consciente no solo de que lo iban a matar a él también, sino de las capacidades y herramientas que tenía a la mano para vengar la muerte de su padre. No tenía con que desatar una *vendetta* y tampoco fue para eso que lo educó Héctor Abad Gómez. Todo lo contrario: el escritor recibió siempre amor. Y Faciolince sabía, cuando estaba escribiendo su libro, que el arma que tenía a su alcance no tendría las mismas repercusiones que las balas con las que destrozaron la vida de su padre y así nos lo deja saber al expresar que

todas formas yo necesito contarla. Sus asesinos siguen libres, cada día son más y más poderosos, y mis manos no pueden combatirlos. Solamente mis dedos, hundiendo una tecla tras otras, pueden decir la verdad y declarar la injusticia. Uso su misma arma (la de su padre): las palabras para alargar su recuerdo un poco más, antes de que llegue el olvido definitivo. (Faciolince, 2012, p.272)

El narrador autobiográfico que emerge en la obra de Héctor Abad Faciolince escarba, recoge y reconstruye su yo en un viaje introspectivo que va formando su identidad y al mismo tiempo, le da un sentido a su vida mediante la escritura y de este modo lograr

combatir el olvido definitivo. Lo anterior, le permite al hijo que ha perdido a su padre, pasar (como el propio Faciolince expresa) dos veces por el corazón (o más veces en caso de ser necesario) y también obtener un perdón. Un perdón que es venganza, una venganza que es olvido y una posibilidad de seguir adelante sin ningún atisbo de odio o resentimiento.

Héctor Abad Faciolince narra en *El olvido que seremos*, su felicidad junto a su padre y su familia y al mismo tiempo, nos deja ver cómo esa felicidad se convirtió un día en el más grande dolor. Un dolor que venía acompañado por el eco de un primer dolor: la muerte de su hermana Marta a los dieciséis años a causa de un cáncer. Ante el dolor, Faciolince es como un anacoreta que se encuentra frente a un espejo recitándole el poema de Borges titulado *Al espejo*: “Cuando esté muerto, copiarás a otros/y luego a otro, a otro, a otro, a otro...” (2013, p. 420). Esa es precisamente la labor del narrador autobiográfico: multiplicarse en los espejos que van proyectándose hacia el futuro con una imagen del pasado que intenta permanecer en el presente y que solamente se puede reconstruir en la memoria.

La multiplicación

Uno de nuestros mayores enemigos es el tiempo. El paso de los días nos va dejando escasos momentos para la reflexión. La narración autobiográfica del yo resulta ser una posibilidad de resistencia ante la avalancha de la modernidad, la cual, en su paso devastador, invisibiliza y enmudece a nuestros semejantes. El dilema del otro, de las subjetividades que interactúan en los diferentes contextos, es una pieza clave dentro del engranaje del mundo pues todos estamos conectados en una comunión global que no sólo sucede a través de los medios digitales, sino que va teniendo lugar en el encuentro diario con los demás. Cuando rebuscamos en la memoria, encontramos que está habitada por voces como las de nuestros padres, hermanos, familiares, amigos, profesores, compañeros de estudio, de trabajo; la voz del tendero, la del vigilante del edificio donde vivimos, la del taxista que nos transporta. Esta polifonía acompaña el acto de tejer la memoria y al final

es nuestra propia identidad y el sentido de nuestras vidas los que se configuran a partir de ella. “En la medida de esa multiplicidad de interpretaciones que vamos descubriendo en nosotros, el trabajo autobiográfico nos permite ponernos en contacto con una serie de avatares de nuestro propio yo” (Vásquez, 2007, p.118)

Borges nos ofrece una imagen para acentuar esta reflexión sobre la multiplicación. En su poema Al hijo, dice el poeta argentino

*Siento su multitud. Somos nosotros
Y, entre nosotros, tú y los venideros
Hijos que has de engendrar. Los postrimeros
Y los del rojo Adán. Soy esos otros,
También. La eternidad está en las cosas
Del tiempo, que son formas presurosas.* (2013, p.262)

La eternidad, contenida en un instante que se alimenta del pasado y se proyecta hacia el futuro, es una idea recurrente en Borges y es al mismo tiempo un sendero reflexivo e interpretativo para la reconstrucción del yo en este tejido de palabras que hemos realizado en este texto. La multiplicación a través de esa perpetuidad que une los lazos del tiempo con las personas nos envuelve en un círculo que va expandiéndose como el universo mismo. En *El olvido que seremos*, encontramos también una intención de

multiplicación y de perpetuidad producto de aquel ejercicio narrativo que realiza Faciolince cuando expresa que “además, de mi papá aprendí algo que los asesinos no saben hacer: a poner en palabras la verdad, para que ésta dure más que su mentira” (p.277). Esa puesta en palabra, procede luego de pasar por el corazón y es la materialización de ese trabajo y experiencia reestructurativos que emplea el autor para lograr comprender la sucesión de hechos que llevaron a su tragedia familiar. Es un proceso en el que obtiene además un perdón y un olvido para consigo y para con los asesinos de su padre y al mismo tiempo, es la multiplicación de ese perdón y de ese olvido como una proyección frente al espejo para que el yo encuentre hábitat en los otros y de este modo nos inunde con algo de esa experiencia.

La multiplicación del yo a partir de la reconstrucción de nuestra memoria es una posibilidad de vivir y sentir el tiempo, un concepto que puede ser entendido desde varios puntos de vista y es por lo que la narración autobiográfica, puede significar una exploración y aproximación hacia el otro para comprender que en ese otro hay un yo y que ese yo también hace parte de mí. Narrar el yo no solo resulta una experiencia literaria y formativa, sino que además es una práctica ética con implicaciones sociales que ofrece nuevas oportunidades para la reconstrucción de un mundo tan agobiado como el nuestro.

Referencias bibliográficas

Borges, Jorge Luis (2013) *Poesía completa*. Ed. De Bolsillo. Colombia

Faciolince, Héctor Abad (2012) *El olvido que seremos*. Ed. Planeta. Colombia

Brunner, Jerome (2013) *La fábrica de historias*. Ed. Fondo de cultura económica. México.

Vásquez, Fernando (2007) *Educación con maestría*. Universidad La Salle. Colombia